

CULTURA Y SOCIEDAD

EDUARDO RODRIGALVAREZ



Cuando todos los líderes se han retirado a descansar de largas batallas que habrán tenido desenlaces desiguales, cuando miles de militantes se preguntan si ha sido acertado el planteamiento de la campaña (mientras se quitan la cola de las manos), cuando, en suma, los micrófonos, las luces, se apagan por fin, en la soledad sincera de la noche postelectoral los "caballos de batalla" se hacen dueños de la oscuridad. Entre ellos, en la cola, a duras penas pudiendo seguir, una yegua vieja, mordida y seca: la cultura.

"Cómo acabar de una vez por todas con la cultura", es un título del inefable Woody Allen, pero ha sido también el empeño de demasiados intereses políticos desde tiempos inmemoriales.

Uno de los modos de acabar con la cultura (y con cualquier cosa) es conseguir su indefinición, oscurecer su contenido (bien reduciéndolo al máximo, bien ampliándolo al infinito). Así ha ocurrido con el término "cultura": lo ha sido todo, a la vez que nada, de tal manera que en la mente popular se intentó incrustar un concepto de la cultura que se reducía al "mucho saber", "mucho leer", e incluso identificar con la consecución de un título universitario. En otros niveles, la indefinición de la cultura —considerada como un todo universal— contribuyó a mantener la situación anterior, y a continuar discutiendo por los canales tradicionales (de élites), alejándose de sus propias raíces. Todos los apellidos como "cultura popular", "cultura militante", "contracultura", etc., han surgido de esa indefinición y fruto de ella han incurrido en idéntico error (Canales de distribución, asimilación). De ahí que se precise como agua de mayo una revolución cultural que incida en el corazón mismo de la cultura. Y una revolución es algo más amplio que un simposium o que un debate intelectual en las revistas especializadas.

Por otra parte, el municipio (uno de los pilares fundamentales del franquismo junto al sindicato y la familia) es otro de los conceptos que requieren una transformación, la cual nos ha sido prometida día a día, instante a segundo, por muchas de las fuerzas políticas. Lo cierto es que la concepción municipal de los viejos alcaldes del franquismo contribuía aún más, si cabe, al asesinato de la cultura como elemento vivencial de los pueblos (particularmente de las nacionalidades).

La cultura y la in-cultura populares

Nadie como el poder para acabar con la cultura, y en este sentido no hay que caer en el error de basar esta apreciación, exclusivamente, en la capacidad de veto, que posee, sino más bien en el poder que posee para insuflar "cultura popular" (!?) a través de todos los canales (prensa, radio, televisión, best-seller, etc.) que, en su mayoría, actúan a su servicio. No es extraño el éxito del modelo "travoltiano", o la recuperación de Superman, ejemplos ámbos del "american system", que nos permite ascender en el escalafón con nuestro esfuerzo, y que nos protege con su manto indestructible.

Existe, sí, una cultura popular oficial que pretende el mantenimiento de la incultura para su perpetuación política. Precisamente quien mejor conoce el papel liberador de la cultura es el poder establecido. Y porque lo conoce, lo domina. Lo domina mediante la publicidad, y su mejor arma, la TV., a través del cliché y la repetición, tras la "fiebre del sábado noche" cuántas veces oímos que la continuación sería imposible con el revuelo desmitificador que se había organizado, y precisamente fue ese revuelo el que dió pie a "Crease", e iniciado el ciclo bien valía continuar con Superman. . .

Esta in-cultura popular promovida por la cultura oficial, es el principal impedimento para estructurar una auténtica cultura popular, que en vez de liberarse, se encierra en nuevos templos que irremisiblemente acaban por institucionalizarse. Lograr una cultura popular supone luchar por una escuela que no sea una fábrica de productores-consumidores, sino una preparación de hombres íntegros, por demostrar que la cultura es algo más que leer un best-seller, que la cultura es una manera de obrar en la vida, una forma de conocimiento, de formación de la actividad social y personal.

Se ha confundido durante mucho tiempo la "denuncia" con la "cultura popular" cuando aquella no es sino un apartado de ésta. Ha sucedido que en los eternos cuarenta años era tal la lucha contra el sistema que se necesitaban todos los medios para ser utilizados en ella. La cultura se convirtió así en una cultura militante (incluso etiquetada) cuando la mejor militancia de la

cultura es ella misma. Sin embargo, no debemos olvidar que, al propio tiempo, la cultura se ha ido elaborando día a día, a lo largo, también, de esos cuarenta años y ha adquirido elementos de defensa, características propias que no se pueden dejar de lado a la hora de replantearse las peculiaridades culturales.

Se ha olvidado que toda cultura lleva en sí misma un carácter innovador de los sistemas sociales y políticos, es decir que la propia cultura puede potenciar cambios y debe colaborar intrínsecamente en las revoluciones sociales, y no aguardar a que venga Franco, la Thatcher, o el Suárez de turno y marque los cauces por donde debe discurrir. Es evidente que una buena planificación de la cultura puede evitar muchos de los problemas padecidos.

La primera piedra

El planteamiento cultural, no obstante, más serio que podemos realizar debe partir de la escuela. No está lejano el debate que se suscitó en las Cortes entre los partidarios de la escuela privada y los de la escuela pública, ni tampoco el crédito estatal a la enseñanza privada, o la huelga protagonizada por los sectores más integristas, gobernadores de la escuela de pago. En todas estas ocasiones, la escuela pública ha salido mal-parada, apedreada, si acaso, lo único positivo

que se ha conseguido —muy poco— ha sido la desmitificación de la enseñanza privada y situar la "libertad de enseñanza" un tanto más cerca de su lugar. No se ha conseguido el "aula sin muros", o "la sociedad desescolarizada" preconizada por Iván Illich, pero, cuando menos, se ha minado el debate.

En la sociedad capitalista, no olvidamos que la escuela privada hace jefes y la escuela pública fabrica consumidores y productores. La división social del trabajo no comienza a gestarse en las cadenas y procesos de producción. Para que esto sea posible, precisamente, necesita otros mecanismos de separación y situación que se inician en la sensible etapa escolar.

Argumenta la sociedad capitalista, a favor de la escuela privada, precisamente una cuestión de libertad que corresponde al padre distribuir y ejercitar. Según el pensamiento capitalista —incluso el mejor intencionado— "La educación debe ser libre, dejando libertad al individuo para escoger la que desee, asegurando una educación básica para todos" (así, se constituye ésta como un mínimo, el máximo es la escuela de pago). Sin embargo ¿cuál es la función psicológica de este tinglado? Durante años se ha hecho envidiar a la clase trabajadora, preferentemente, los colegios de pago, los centros privados, mejor dotados y con la garantía de una



enseñanza religiosa (generalmente) que inmuniza ante cualquier desviación. ¿En qué se diferencia esta envidia de la que ejerce en el obrero la situación del patrón y que éste se ocupa de alimentar para impedir el desarrollo de su conciencia...?

El niño comienza, así, a participar en la primera piedra de la cultura, dentro de una realidad disociada, en la que él no es sino un participante más, un elemento, —el más fundamental— desamparado en este concierto de intereses.

Una revolución cultural debe cimentarse sobre la reivindicación de una escuela pública, una enseñanza única, laica y gratuita, bajo los auspicios del Estado y mediante el control ejercido por la dinámica social. La educación no debe ser un condicionante; educar, es dar capacidad de elección al individuo, ayudarle en el análisis crítico sin presiones paternalistas, religiosas, políticas, etc. Claro que esto se plantea difícil cuando incluso el nacimiento se desenvuelve distinto para unos y otros. . .

La segunda piedra

Sobre esta base, la de una escuela pública, laica y gratuita, pueden alzarse los cimientos de la nueva casa de la cultura. Es la primera piedra, indispensable y grande, sin la cual todo el edificio sería, como es en la actualidad, una simple pantomima.

Pero una piedra no hace un castillo. Sobre esa piedra y al lado, se requieren otras piedras fundamentales. Una de ellas, colateral a la anterior, particularmente en la sociedad vasca, es la solución del conflicto lingüístico de Euskalherria. Nadie duda hoy de la situación diglósica de nuestro pueblo. Por una serie de razones que por conocidas, no viene a cuento reseñar ahora, la sociedad vasca ha pasado de una sociedad rural, donde el euskera se constituía en el vínculo fundamental de unión, a una sociedad industrial, de unos modos y formas y a través de un proceso que le eran ajenos, donde la clase dirigente de dicho proceso arrinconaba el euskera, que no responde a sus intereses, e instala el castellano como lengua de las relaciones comerciales. De esta forma, el descuelgue social del euskara ha sido progresivo hasta tal punto que el resurgimiento de Euskalherria como pueblo soberano pasa por la salvación de lo que le es cona-



tural: el idioma.

Los agoreros de siempre, es decir "los de siempre", los de idéntico uniforme e igual color (de sabor añejo) pretenden invalidar el euskara como vehículo útil para una sociedad moderna. De igual manera intentan denodadamente colocarlo como piedra histórica de museo y aseguran que cada vez son más las zonas de Euskadi que se encuentran deseuskaldunizadas, "lo que es un síntoma evidente de descomposición lingüística. . ."

Pero no. Aún no. Ciertamente la población no es la deseada, ni mucho menos, pero frente a la posición, aún minoritaria, de los vascoparlantes, se observa un dinamismo sin precedentes en el desarrollo del euskara que le permite hacer frente a las exigencias de la sociedad industrial, al tiempo que incide cada vez con más fuerza en la conciencia de todos los vascos. Y no olvidemos que en cuestiones lingüísticas, como en la historia, los años son días, y los decenios meses. No se puede pretender dominar y superar la labor disuasoria y curle llevada a cabo durante cuarenta años por un determinado régimen, en un plazo corto de tiempo.

Pero sí se precisan las raíces y estas son: reconocimiento del euskara como lengua natural de Euskalherria; reconocimiento oficial de las ikastolas en rango

de igualdad con las escuelas públicas estatales, obligatoriedad de enseñanza del euskara a todos los niveles. De estas tres raíces primordialmente surgen bifurcaciones importantes que no vamos a exponer aquí, por ser materia de anteproyecto más que otra cosa.

Piedra a piedra

Bien, desde estas dos perspectivas se pueden abordar cuestiones más particulares que dispondrían ya de una base donde apoyarse (la escuela pública o igualitaria y la identidad idiomática de la sociedad). Es entonces cuando se puede comenzar a hablar de cultura popular, de participación popular en la cultura, de "vanguardias intelectuales" sin que ambas palabras lleven adherida una tonada peyorativa. Sólo mediante una adecuación de los cauces culturales se evitan los fenómenos contraculturales, que no son nada en sí mismos sino por oposición a otro fenómeno.

La contracultura es una respuesta más, de carácter pasivo, a una situación social anómala. Pero es precisamente ese carácter pasivo el que le impide "contestar" la anomalía y la imposibilita como alternativa, reduciendo a un escueto movimiento de formas que puede satisfacer los ánimos cansados de algunos pero que no responde en absoluto a las necesidades sociales, finalizando al ser absorbido por las fauces del sistema, como ha venido ocurriendo cada vez.

No es ese el camino, no. Es más áspero, más ingrato. Supone introducirse en los estamentos fundamentales de la cultura que la sociedad puede y que sean susceptibles de cambio mediante el apoyo popular (ayuntamientos, diputaciones, departamentos, universidades, . . .) combinando este trabajo con la necesidad de promover alternativas y organizaciones originales que actúen de contrapeso del orden y poder establecidos. Pero siempre teniendo en cuenta que la labor, en la etapa que nos encontramos, tiene que ser fundamental, de asentar bases, antes de empezar a volar. Hay que ordenar los frentes de la lucha. La desorganización es el origen de los personalismos, y precisamente eso le sobra a la cultura (por desgracia). Mordida y vieja, aún le queda hierba que morder, pezuña con qué volar. Es la cultura, indiscutiblemente, la que hace posibles los únicos milagros que suceden en la Tierra.